

## Naturalmente culturales

**Jesse Prinz: *Beyond Human Nature. How Culture and Experience Shape Our Lives*. London, Allen Lane, 2012. 401 pp.**

**ISBN: 978-0393061758.**

ISSN 1989-7022

ILEMATA año 5 (2013), n° 11, 253-258



Jesse Prinz es *Distinguished Professor* en el Graduate Center de la City University of New York y su trabajo en este y otros prestigiosos centros de investigación gira en torno a los fundamentos perceptuales, emocionales y culturales de la psicología humana. Entre otros libros y numerosos artículos, es autor de *Furnishing the Mind: Concepts and Their Perceptual Basis* (MIT, 2002), *Gut Reactions: A Perceptual Theory of Emotion* (Oxford, 2004), *The Emotional Construction of Morals* (Oxford, 2007), y *The Conscious Brain* (Oxford, 2012). Además de por David Hume, su obra está muy influida por los resultados experimentales proporcionados por la psicología y las neurociencias y se inscribe en la tradición filosófica empirista (y, hasta cierto punto, enactivista) que sostiene que el conocimiento surge en nuestra interacción con el mundo, al ir construyendo nuestra experiencia de él, en contra de quienes defienden que nuestra imagen del mundo y la manera de movernos en él está determinada en buena parte por el “equipamiento de serie” con que salimos de fábrica. Esto, como veremos, también tiene sus consecuencias para la ética.

El libro que reseñamos, *Beyond Human Nature*, es una contribución al debate sobre la naturaleza humana en el que Prinz decididamente toma partido por rebajar las pretensiones de los partidarios de encontrar en la biología las claves últimas de nuestro comportamiento. Quiere reforzar el lado "culturalista" del debate, aquel que defiende el papel de la cultura en la adquisición de ciertas capacidades humanas, frente al lado "naturalista", que defiende que son innatas. Prinz considera que el bando culturalista necesita divulgar sus argumentos porque históricamente la ciencia cognitiva ha prestado poca atención a los aspectos antropológicos: muchos lingüistas, psicólogos y neurólogos (y filósofos) no han tenido en cuenta la diversidad cultural de los grupos humanos. Prinz despliega sus amplios conocimientos de psicología comparada para convencernos de que, en efecto, la cultura y la historia son esenciales para entender quiénes somos y cómo actuamos; que el comportamiento de un subgrupo de estudiantes privilegiados en un laboratorio universitario no puede extrapolarse al resto de la humanidad.

La postura de Prinz es de término medio. En cada uno de los temas tratados por su libro proporciona muchas razones para dejar de lado cualquier tipo de extremismo al explicar cuestiones humanas: nunca nada es totalmente biológico, nunca nada es totalmente cultural. Así pasa con el lenguaje, por ejemplo. Prinz considera que en este ámbito el innatismo resulta muy sugestivo pero tiene el inconveniente de la falta de simplicidad. La mejor explicación científica es la más simple y, a su juicio, la explicación más simple sobre la adquisición de lenguaje no es la innatista. Las capacidades generales de aprendizaje estadístico podrían bastar para explicar la adquisición de habilidades complejas, tecnológicas primero y lingüísticas después. Con todo, Prinz considera que no se debe renunciar a los hallazgos que se puedan realizar profundizando en la investigación desde las diversas hipótesis en controversia, así que se cuida mucho de cerrar la cuestión.

En cuanto a la forma en que una lengua concreta condiciona el pensamiento, tras exponer las principales teorías en litigio Prinz concluye que es necesario resucitar, aunque en una medida mucho más limitada que la que postulaban sus autores, la hipótesis (planteada por Sapir y

Worf) de que nuestros pensamientos están condicionados por la lengua que hablamos. La experiencia humana, la manera como dividimos las categorías de lo real y experimentamos el "mundo exterior" no está fijada de antemano, ni por lo que está "ahí fuera" ni tampoco por lo que se nos especifica "desde dentro". Todo aprendizaje, incluido el aprendizaje de una lengua, impone una estructura sobre la realidad, y esta estructura no es rígida ni inevitable, sino que se construye por encima de nuestros condicionamientos biológicos. La lengua no determina completamente el pensamiento, pero tiene mucha influencia en él. Esto no quiere decir que pensemos *en lenguaje* o que veamos las cosas de manera radicalmente distinta según la lengua que hablemos. Para Prinz, el lenguaje simplemente establece "maneras habituales de ver y pensar." Esto le sitúa en contra de la corriente de aquellos que, como Steven Pinker, consideran que el lenguaje nos enseña que la mente es una constelación de mecanismos innatos altamente especializados, tan fuertemente constreñidos por la evolución que hay poca variación en la manera como piensa la gente. Prinz defiende justo lo contrario: el lenguaje como una invención, no un instinto, que modela y conduce la variación humana. Si el lenguaje nos enseña quiénes somos, la lección es que somos fundamental y universalmente flexibles.

La cultura moldea nuestra manera de pensar. Aunque en el mundo existen diferentes culturas, Prinz las agrupa en "individualistas" y "colectivistas". Mientras los individualistas se caracterizan por la tendencia a pensar en sí mismos, los colectivistas tienden más a considerarse como partes de un grupo. Hay culturas con una fuerte tendencia hacia una de esas etiquetas, aunque incluyan elementos de la otra, y hay otras que pueden ser híbridas: mitad de un tipo mitad del otro. Prinz entonces se plantea si es razonable pensar que diferentes culturas configuren el pensamiento humano de maneras distintas. Parece que colectivistas e individualistas piensan de modo diferente, puesto que los colectivistas son más "dependientes del entorno" y los individualistas menos (los colectivistas se fijan más en el fondo que en el objeto que está ubicado en él, mientras que a los individualistas les pasa lo contrario). Estas diferencias tienen un efecto medible en la percepción y la cognición de las personas.

Para Prinz no existe tal cosa como "el pensamiento humano" en abstracto, sino diferentes formas de pensar, pero estas diferencias no son algo fijo, pueden ser cambiadas mediante el aprendizaje y el adiestramiento. Contra esto puede alegarse un argumento relacionado con las diferencias de género. Parece que, en efecto, hombres y mujeres piensan de modo diferente, con mayor capacidad en ámbitos o habilidades distintas. Pero no hay problema con que el hombre y la mujer piensen de manera diferente: el problema está en que estas diferencias se suelen explicar apelando a la biología y esto es lo que Prinz no quiere, por lo que debe atacar estas explicaciones naturalistas y sustituirlas por una culturalista. La idea central de su argumento es que hay diferencias cognitivas que son consecuencia de la experiencia. ¿A qué se deben? Parece que las mujeres son mejores en aquello en lo que las culturas colectivistas son mejores, mientras que los hombres sobresalen en lo relacionado con las culturas individualistas. En las culturas colectivistas las diferencias entre hombres y mujeres son menores que en las culturas individualistas, y además las mujeres de las culturas individualistas son mejores que las mujeres de las culturas colectivistas en aquello en que los hombres suelen ser mejores. Detalles aparte, esta variación hace imposible que las diferencias puedan ser innatas. Es la cultura lo que puede magnificar o hacer desaparecer las pequeñas diferencias biológicas entre los géneros.

Si la socialización moldea nuestra manera de pensar, ¿hasta dónde llega nuestra maleabilidad? ¿Condiciona la cultura nuestras emociones? ¿Son universales? Generalmente estas se asocian a nuestra "parte animal", son "instintos básicos" fuera de nuestro control. Pero según Prinz el estudio científico de las emociones nos cuenta una historia algo diferente. Esta parte del libro es menos novedosa, ya que tiene bastante en común con otras publicaciones anteriores del mismo autor. Lo que sí es nuevo es el interés de Prinz por el concepto de enfermedad mental. A su juicio, el entorno social juega un papel en la salud que a menudo pasamos por alto en una sociedad tan medicalizada como la nuestra. Hay variaciones culturales en la prevalencia de ciertas enfermedades mentales y los síntomas que presentan, pero que las enfermedades se construyan socialmente no quiere decir que sean menos reales.

La parte final del libro está dedicada a cuestiones relacionadas con la ética. La práctica moral es una característica que nos define como humanos y está presente en todos los campos de nuestra vida cotidiana, aunque no nos demos cuenta de ello. La imaginación y la creatividad son fundamentales para el desarrollo emocional, y por lo tanto moral, de las personas. Para Prinz la moralidad no es innata, sino algo semejante al lenguaje: una herramienta contingente de coordinación social que hemos ido adquiriendo a lo largo de nuestra historia como especie, y que se expresa en una pluralidad de formas mediadas culturalmente. También aquí Prinz aprovecha trabajos anteriores, como cuando resume y defiende su posición moderadamente relativista, matizando así lo dicho anteriormente en su libro de 2007. (Otros capítulos, aún siendo tan interesantes como el dedicado a debatir las explicaciones evolucionistas de nuestros estereotipos sobre la sexualidad, son más descriptivos y con menos "tesis".)

Para Prinz no hay nada absoluto, pero esto no significa que la moral sea relativa en el mal sentido, sino que está sujeta a ciertas condiciones materiales. En el mal sentido de la palabra, identificamos el relativismo con el nihilismo o la arbitrariedad. Pero Prinz no es relativista si por ello queremos decir que todo le parece igualmente justificado o injustificado; antes bien, cree que su posición permite hablar de mejora moral. Prinz no niega que podamos tomar decisiones y hacer juicios morales; nos dice que esas decisiones y juicios están fuertemente modulados por emociones y estas, a su vez, por nuestra experiencia cultural. Lo que no podemos elegir tan fácilmente es nuestra cultura o nuestra educación, porque hemos sido moldeados por ellas durante los primeros años de socialización. Pero si conseguimos cambiar nuestra cultura (cosa que de hecho es posible, sólo que lleva tiempo y el esfuerzo coordinado de muchas personas) conseguimos cambiar nuestra moral. Y, en efecto, así ha sido, como puede comprobarse si atendemos a cómo los cambios en la sensibilidad estética han acompañado a cambios en nuestra ética y nuestras instituciones jurídicas.

Que los sentimientos morales sean necesarios y suficientes para hacer juicios morales (tal como se explica en el capítulo 12) puede inducir una imagen muy mecanicista e innatista de la ética. Pero no debemos olvidar

que antes (capítulo 10) Prinz ha intentado mostrar que las emociones se moldean culturalmente: que no hay propiamente un conjunto universal de emociones iguales. Así, al mismo tiempo que mantiene una posición materialista, huyendo de todo lo que no sea empírico u observable en sus explicaciones, este libro muestra que nada es necesariamente de una manera, que nada está completamente determinado, y que somos libres y responsables de hacer que las cosas sucedan de una manera u otra.

La conclusión final de Prinz es que si queremos investigar la naturaleza humana lo que hay que hacer es estudiar la plasticidad y capacidad de adaptación que nos caracteriza. Así, para él la diferencia entre animales humanos y no humanos no es de grado, sino cuantitativa. Los humanos somos muchísimo mejores en aprendizaje cultural, esto es, en aprender mediante herramientas simbólicas. Somos capaces de comportarnos de maneras que no están predeterminadas o rígidamente establecidas por nuestra constitución biológica y precisamente por eso la conducta humana varía enormemente de cultura a cultura. Los patrones de vida que forman las culturas son artefactos humanos, pero no naturales. Cuando se pone radical, Prinz sugiere que no hay nada en nuestra biología que favorezca un modo de vida sobre otro. Así, el título del libro sugiere que el objeto cabal de las humanidades es el estudio de las múltiples maneras en las que los humanos vamos *más allá de nuestra naturaleza*. Pero en general el libro mantiene un tono equilibrado, ameno y didáctico, utilizando un lenguaje relativamente accesible. Cumple sobradamente con las expectativas de una obra de divulgación científica, que es lo que pretende ser. No hay elucubraciones innecesarias. No derrocha recursos, sino que los administra cuidadosamente, escribiendo a manera de pinceladas que tienen la virtud de sugerir reflexiones interesantes, pero sin incurrir en detalles prolijos. Quizá en alguna ocasión presume que el lector sabe cosas que quizá no sepa. Pero en general, el tratamiento formal es el adecuado para los fines que persigue. Es, en suma, un excelente libro de divulgación que no dejará indiferente a ningún lector.

**Roberto Uriarte, Julen Tolosa, Iñigo Araiztegi, José Manuel Vargas, José Manuel Requena, Antonio Casado**  
(UPV/EHU)